

LA MIRADA

Vergüenza colectiva

MIQUEL ESCUDERO

Matemático y escritor

¿Cómo trata una sociedad a los distintos parias que hay en ella?

A veces hay motivos para sentir un orgullo colectivo y hay que saber celebrarlo. Que la selección española de Fútbol, 'la Roja', jugara en Barcelona, después de 18 años sin hacerlo, dio paso a una explosión de júbilo catalán que se manifestó hace poco en el estadio del RCD Espanyol. Tanto da que los medios públicos procuraran ocultarlo.

Se dirá que es un orgullo trivial. Puede ser, pero fue una liberación de rabia y un acto de afirmación colectivo. Como si cientos de miles de personas exclamaran: «nosotros también contamos, aquí estamos».

Pero también hay motivos de vergüenza colectiva, de muy diferente tipo: ¿cómo se trata en una sociedad a los estigmatizados, a los más desfavorecidos por la fortuna, a los distintos parias que hay en ella? Es más adecuado el término de vergüenza que el de culpa, pues las culpas no son colectivas, sino individuales; aunque todos tengamos algún grado de responsabilidad en lo que ocurra, unos más que otros. El envilecimiento de una sociedad avanza con una cadena de pasos, en los que cada uno anuncia con mayor insensibilidad y dureza el siguiente.

Los nazis ganaron las elecciones con el lema antisistema de «echemos a todos». Y en los 13 años que Goebbels estuvo en el poder, su consigna fue «dar su merecido» a 'los otros', hacerles daño, humillarlos, exterminarlos. Un ambiente irrespirable para quien quisiera llevar una vida humana, razonable, espontánea y con el hábito de elegir de forma reflexiva. ¿Cómo se expandió y desarrolló el mal totalitario? Por razones de defensa, se fueron imponiendo el hermetismo y el cinismo. Nadie que no fuera nazi se atrevía a hablar en Alemania de política. Y se asumió como irrefutable el dogma de la tribu: «así somos los alemanes». Se fue perdiendo todo rastro de voluntad de desobedecer de forma tranquila y continua.

Se dijo y se demostró que ningún alemán se encontraría solo con sus problemas,

siempre que no fueran enemigos del III Reich o perteneciesen a las declaradas 'razas inferiores', todos ellos excluidos no solo de la condición alemana, sino de la condición humana; tratados, en consecuencia, como escoria. Todo repugnante e insoportable, pero real. Aquel movimiento de masas que fue el NSDAP atendía a los suyos, a los hombres corrientes, y éstos colaboraban en lo que fuera menester.

El periodista norteamericano Milton Mayer (1908-1986) fue objetor de conciencia en la Segunda Guerra Mundial. En enero de 1952 se instaló con su familia cerca de Fráncfort. Allí residió un año entero, redactó un texto que se ha hecho clásico: 'Creían que eran libres' (Gato pardo). Logró hacerse amigo de diez antiguos nazis de clase media-baja y obtuvo el testimonio en primera persona de cómo se hicieron nazis aquellos 'hombres corrientes'. A todos ellos los siguió considerando amigos, y decía creer que sólo uno de ellos no le correspondía.

Mayer era un bienintencionado cuáquero, tenía ascendencia alemana pero no hablaba ale-

mán, y ocultó a aquellos nuevos amigos que él era judío. El 9 de noviembre de 1938, la 'noche de los cristales rotos', nazis 'anónimos' prendieron fuego a centenares de sinagogas. La noche anterior se produjo, de forma aislada, la primera quema. Fue en Marburgo, ciudad universitaria en la que vivían aquellos diez antiguos nazis. ¿Cómo la vivieron un conserje, un soldado que había sido aprendiz de sastre, un ebanista que era bombero voluntario, un responsable de oficinas del partido, un estudiante de Secundaria, un panadero, un cobrador, un inspector del Frente Nacional del Trabajo, un profesor de instituto y un policía? Ninguna mujer entre los seleccionados, a pesar de que el voto femenino fue clave en el ascenso nazi al poder.

Nada espectacular descubren las revelaciones que recibió Mayer. «Ninguno había oído decir nada malo acerca del régimen nazi, salvo a los enemigos de Alemania, o eso creían ellos». Solo uno de los diez se había relacionado con algún judío. Acostumbrados a no tener tratos con los hebreos, ni de pequeños habían jugado con ellos. De la forma más natural, cada uno iba a lo suyo. Mayer evocaba el 'apartheid' norteamericano, habituado, como estaba, a letreros como este: «negro, no te queremos ver por aquí». En cuanto al Holocausto, el periodista norteamericano señalaba que a esos amigos nazis les llegaban informaciones filtradas, a escondidas, de forma indirecta con rumores, aunque se «podía adivinar el resto».

En las últimas elecciones libres en la República de Weimar, celebradas en noviembre de 1932, el voto comunista alcanzó en Marburgo el 8% (el 17% en el resto de Alemania); el voto nazi, el 40% (el 33% en el conjunto alemán). Mayer concluía con amargura que quienes ignoraban haber sido esclavos ignoraban que habían sido liberados.

Esta es una cuestión a seguir encarando todavía hoy.

Quienes ignoraban haber sido esclavos ignoraban que habían sido liberados



ILUSTRACIÓN SR. GARCÍA

CARTAS AL DIRECTOR

Temporalidad

Pese a las cifras positivas del turismo en nuestro país recuperado con motivo de las vacaciones de Semana Santa, la temporalidad parece haberse instalado entre nosotros desde hace tiempo; desde que empezó la pandemia –según la Encuesta de Población Activa (EPA) del segundo semestre de 2021– los contratos temporales subieron un 8,3% frente al 0,8 de contratos indefinidos con respecto al primer trimestre.

Asimismo, informaban de que nuestro país no solo lideraba la tasa de temporalidad de la Unión Europea (duplicando con un 26,3% la media), sino que, y por si fuera poco, encabezaba también el ranking de los países con contratos de corta o muy corta duración. Y es que este 'doble dudoso honor' –concentrado principalmente en el sector privado de servicios pero, del mismo modo, disparado en el público– ha afectado especialmente a los jóvenes, quienes cada vez ven más alejada la posibilidad de emanciparse, de lograr un trabajo estable y de calidad, de formar una familia o de gozar un día de una merecida pensión de jubilación.

MIGUEL SÁNCHEZ

Amado líder

Los partidos políticos celebran sus congresos que en puridad deberían llamarse concilios o cónclaves –o circos–, cuyo fin no es otro que entronizar y ensalzar al nuevo, preclaro y muy amado líder. Quien le precedió es un árbol talado del que todos hacen leña. Los mismos que en su día lo auparon reniegan de él tres veces y lo mismo harán con el recién llegado a su debido tiempo. En tales ceremonias predominan los 'palmeros profesionales', a quienes en su fuero interno les da igual quién sea el nuevo presidente, siempre y cuando les asegure los garbanzos, asunto nada baladí. Presentan sus principios y si no son del agrado del ovanete le muestran otros, ya que lo prioritario y esencial es nadar a favor de la corriente, salir en la foto y por ello aplauden y jalean con fervor.

Adulación, lisonjas y zalamerías son imprescindibles para colocarse en buena posición para cuando haya que cerrar las planchas electorales; adictos al jefe de turno y sobre todo al cargo para po-

der pagar las facturas. Todos los partidos funcionan igual: se comienza siempre recibiendo al nuevo mesías con laurel, palmas e incluso botafumeiro y se acaba con su crucifixión. Es por ello que desde el primer día el susodicho debe recordar la famosa sentencia «memento mori» (Recuerda que morirás) y saber que la última frase que pronunciará será «tu quoque, fili mi?» (¿Tú también, hijo mío?) rodeado de todos aquellos que la víspera besaban sus pisadas. Shakespeare lo dejó claro: La política está por encima de la conciencia.

FRANCISCO JAVIER SÁENZ MARTÍNEZ

Nunca más

Hace 77 años se juzgó en Núremberg a los protagonistas del genocidio nazi de Adolf Hitler, con millones de víctimas. Las condenas fueron ejemplares para que aquella monstruosidad no volviera a suceder. Desgraciadamente ha vuelto a ocurrir con un nuevo genocida, Vladímir Putin, que masacra sin piedad al pueblo ucraniano –entre ellos ya van 150 inocentes niños–. Su impunidad está protegida por la amenaza del uso de armas nucleares o químicas y los posibles desacuerdos por intereses egoístas entre los miembros de la OTAN, más la postura de conveniencia de siempre de EE UU. La impunidad que disfrutaron otros sátrapas no se le debe ni puede permitir a este asesino y a sus verdugos.

J. FDEZ. DEL POZO

¿Ha servido para aprender algo?

En aquellos primeros meses de pandemia los sanitarios fueron protagonistas de una dedicación y una entrega heroicas, en muchos casos poniendo en riesgo su vida. A diferencia de lo que ha sucedido en otros países, en España seguimos sin la evaluación de la gestión de la pandemia que prometió el Gobierno. Afortunadamente, dos años después, parece que esta pandemia en Europa –también en España– pierde fuerza. Cada español sabe lo que en este difícil período ha aprendido. Más trágico que el efecto de la pandemia habría sido no haberla aprovechado para aprender algo sobre quiénes somos y sobre el sentido de la vida.

PEDRO GARCÍA